

Como botón de muestra, copiamos de la Relación que mandó hacer S.M. el rey Carlos III, una típica casa-vivienda y de labor, que existía en el número 11 de la calle Veracruz, como uno de los bienes de Vicente Rodrigo y Pelaez:

"Tiene 31 varas de fachada y 51 de fondo; con patio, corral, cueva con 20 tinojas de caber 600 arrobas, jaraíz, cuadras, pajar, cocina y otras oficinas, a la que los alarifes le han registrado 350 Reales de Vellón".

Esto viene a demostrar, que antes de finalizar la dinastía de los Austrias, y cuando se inicia en 1700 el gobierno de la rama Borbónica al asumir el trono Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia, llamado el Rey Sol y el que dijo "el Estado soy yo", ya se cultivaban grandes extensiones de viñedo, había cuevas y se había iniciado su transformación, en gran parte de la cosecha, en aguardientes de 70/80<sup>o</sup>. centesimales, que sería exportado a los reinos de Andalucía y Valencia. Y aquí tenemos, y conviene a nuestro relato el meditar mucho sobre ello, el origen de esa gran industria vinico-alcoholera que iría aumentando durante el siglo XIX, y alcanzaría el cenit de su máxima expansión en las primeras décadas del actual, y consiguiendo cotas en la fabricación de "Holandas" y alcoholes, como jamás en la Historia de la humanidad conquistó pueblo alguno. Hasta el punto de que las mayores y más importantes destilerías del país tienen su sede en Tomelloso y están en manos que pueden asegurar, sin duda alguna, una continuidad que se basa -precisamente- en la enorme producción de uva y vino. Y hay un dato que no todos conocen, y es el hecho no fácilmente comprensible, así de entrada, de que el comercio y la industria de Tomelloso y su término se les quedó tan chico, que los labradores de Tomelloso son los únicos que cultivan directamente la viña en los términos municipales de 19 pueblos pertenecientes a las cuatro provincias manchegas. Es decir, aquellos fundadores consiguieron que sus nietos se instalasen y fuesen propietarios en las provincias de Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Toledo. ¿Puede alguien, con un somero conocimiento de cuanto antecede, seguir especulando con aquello de que la Aldea del Tomillar se asentó sobre tierras yermas y miserables? Sinceramente, y con todos los respetos, creemos que con esta perspectiva tendrán que modificar su juicio y atenerse a una realidad viva y caliente.

Permitidme que, aún a costa de cansaros un poco, pueda ampliar la imagen de esa casa de labor que hemos descrito antes para que nos hagamos una mejor idea, no muy soterrada, de lo que fueron aquellas fincas urbanas y familias, ya hoy, si no desaparecidas, sí en trance de extinguirse.

Mirad y ved ese portón del color del otoño, con sus clavos negros; portón que no llegó a ser portada y dejó de ser postigo. Imaginad el patio, a cielo abierto, mirando siempre a Dios, y, al fondo, el porche con vigas de madera y sus canecillos, guardador de enseres y guarniciones agrícolas. Seguid mirando y vereis en el patio el brocal de un pozo con su garrucha, y su maroma de esparto atada al cubo. Y una parra. Y una higuera, con sus colores iguales y encontrados, y que eran no sólo el motivo de simple y hermosa decoración, sino también, en un momento dado, sustanciosas calorías. Pasad más adentro, y vereis el corral. Y los otros porches con las colleras como durmiendo la siesta. Y la figura del mayoral de los gañanes, como un viejo patriarca. Y esa estampa del "ayudaor" de las labores, ejerciendo cautelosamente una prudencia ensanchada y